

LIBRO II

Clasificación y descripción de los sistemas educatorios contemporáneos.

CAPITULO I

EDUCACIÓN DEL CARÁCTER

SUMARIO: § 46. ¿Qué es el carácter?

I. EDUCACIÓN DEL CARÁCTER INDIVIDUAL.—§ 47. El más alto fin de la educación es *sugerir ideales*.—§ 48. Cómo se sugería en Grecia el ideal del carácter.—§ 49. *La sugestión de ideales* en Alemania é Inglaterra.—§ 50. Valor educativo del estudio del idioma patrio.—§ 51. Hábitos que conviene inculcar desde la infancia.

II. EDUCACIÓN DEL CARÁCTER NACIONAL.—§ 52. Aspectos diversos del problema de la educación del *carácter nacional*.—§ 53. Importancia exagerada que la escuela pedagógica *anglo individualista* atribuye á la educación sobre el *carácter nacional*; antítesis que presentan las naciones americanas.—§ 54. Relativa importancia de la imitación en la educación del *carácter nacional*; caso especial de la República Argentina y demás países hispanoamericanos.—§ 55. La educación doméstica como factor importante del *carácter nacional*.—§ 56. Influencia de las leyes sobre la educación del *carácter nacional*.—§ 57. Aplicaciones del problema de la educación del *carácter nacional* al estado sociológico y las costumbres actuales de la República Argentina.

§ 46. ¿Qué es el carácter?—Pocas palabras se usan, en los idiomas modernos, de más diversas maneras

que «carácter». En castellano, en italiano, en francés, en inglés, en alemán, se dice, más ó menos: «Juan tiene carácter.» «Pedro no tiene carácter.» «Santiago es de buen ó de mal carácter.» «El carácter se forma por la herencia y la educación.» «Los pueblos poseen cada cual un carácter indeleble.» «Hay que formar en el niño el carácter del hombre.» «Cambiar de carácter.» También se dice: «traje de carácter», por «traje de estilo»; «guarda carácter», por «guarda estilo»; «actriz característica», á la que desempeña ciertos papeles singulares; «caracteres alfabéticos, tipográficos, aritméticos, algebraicos, jeroglíficos, griegos, latinos, arábigos», etc., etc. En teología, la palabra «carácter», significa «una marca espiritual imborrable que Dios imprime en el alma de un cristiano por alguno de los sacramentos...» El psicólogo busca *a priori* un parentesco entre todas esas acepciones, y lo halla en lo siguiente: *lo que especializa ó singulariza...* Pero, ¿es esto todo?

Veamos. Tal vez nos ilumine un poco investigar la historia psico-filológica de la palabra «carácter».

Del verbo griego *χαράσσειν* (*charassein*, grabar) se forma el sustantivo *χαρακτήρ* (*charakter*, grabado, estampa). De ahí la palabra latina *character* (señal, figura, marca, forma, estilo). Y del latín han adaptado los idiomas modernos la palabra *carácter*, *carattere*, *character*, *charakter...* y sus derivados.

Creo que el primer autor que popularizó una acepción metafórica del término *χαρακτήρ* (*charakter*, grabado, estampa) fué Teofrasto, filósofo griego, discípulo y sucesor de Aristóteles, en un bello libro titulado *Caracteres morales*. La metáfora se empleó en el sentido de *estampas de los defectos morales que diversificaban á los griegos*. Así lo da á entender el mismo autor,

en el proemio, no sin admirarse de que «hallándose la Grecia situada bajo un mismo clima ó cielo, y criándose todos los griegos bajo una misma educación, resulta que sean entre nosotros diversas las costumbres y especialmente los defectos».

Ahora bien; bajo el epígrafe común de «caracteres morales», Teofrasto presenta 23 estampas admirablemente grabadas, de los siguientes defectos ó vicios: «falsedad, adulación, locuacidad, rusticidad, lisonja, indolencia, charlatanería, novelería, cinismo, miseria, insolencia, impertinencia, obsequio intempestivo, estupidez, aspereza, superstición, resentimiento injusto, desconfianza, desalifio, pesadez, vanidad, mezquindad, jactancia, soberbia, miedo, ansia de sobresalir, instrucción tardía, maledicencia». Estos fueron, pues, algunos feos rasgos morales *diferenciales* de los griegos entre sí. Y la expresión «caracteres» con que Teofrasto los presenta—como quien dijera grabados, bajo relieves, bocetos, esbozos, camafeos, medallones—, parece que pasa al lenguaje común con ese significado metafórico de *rasgos morales*. Así, en el castellano antiguo mismo, muchas veces se decía «estampa» por «carácter».

La Bruyère traduce á Teofrasto en el siglo XVII, y escribe él mismo un tratado que llama *Caracteres y costumbres de mi siglo*, en el cual presenta, á su vez, una serie de defectos típicos de hombres y cosas modernas. Ya el origen griego, y aun la acepción latina de la palabra *character*, los tenía muy olvidados el pueblo francés, quien acabó por dar á la palabra *caractère* una significación, no ya metafórica, sino *directa*, muy semejante á la de Teofrasto y La Bruyère, pero siempre tendiendo á los defectos morales que diferencian á los hombres.

En las misceláneas de Carlyle hay un estudio extraordinario titulado *Characteristics*. Parece que el título se emplea en la elevada acepción, un tanto caprichosa, verdaderamente carlyliana, de algunos rasgos comunes y fatales en todos los hombres, pueblos é instituciones, y, sin embargo, poco evidenciados por la filosofía. Se trata quizá de la página más original, más profunda, más enigmática; en una palabra, más *característica* de Carlyle. ¿Por qué la habrá llamado *Characteristics*?... Me inclino á creer que una traducción literal de ese título sería: «Características de hombres y cosas.»

A los anglosajones, insignes moralistas prácticos, tocóles idealizar la palabra *character*. Sir Tomas Oberbury escribió, en 1614, un tratado sobre los «Caracteres», en que da á esta dición un significado que yo traduciría, más ó menos, por esta perifrasis: «virtudes que se manifiestan por un esfuerzo *activo* de la voluntad». En el siglo XVIII ya fué adoptada en inglés, en tal acepción, la palabra *character*. Luego ha llegado hasta significar, por las consecuencias que esas cualidades producen en la sociedad, *reputación*. He ahí una elocuente lección de moral práctica.

Un vulgarizador moderno, superficial y ameno, Smiles, ha publicado cuatro libros populares, compuesto cada uno de series deshilvanadas de anécdotas morales, extractadas de biografías de hombres notables. Se titulan «La Ayuda propia», «*El Character*», «El Ahorro» y «El Deber», y, en conjunto, nada menos que «El Evangelio social.» Ahora bien; aunque Smiles no define, pues está bien lejos de ser un psicólogo como Teofrasto ó La Bruyère y ni siquiera un moralista como Oberbury, la palabra «carácter», es visible que se entiende por ella una amalgama de estas

ideas: indole, voluntad, tesón, esfuerzo y elevación de alma. Esto es lo que en todos los idiomas modernos se entiende hoy por «carácter».

Tal ha sido la evolución psico-filológica, á través de más de dos mil años, de la genial metáfora de Teofrasto.

Analicense las formas modernas más usuales de la expresión «carácter». En todas ellas se notan estas dos ideas capitales: 1.ª, indole, tipo, naturaleza, idiosincrasia; 2.ª, voluntad, tesón, decisión, fuerza moral para hacer lo bueno y evitar lo malo. Entonces, combinando ambas ideas, resulta que se llama carácter: en general, la indole moral de las personas, en especial, la *voluntaria* aplicación práctica de esa indole para el bien y contra el mal.

Infinitas frases sobre el carácter se han popularizado en todas las literaturas. De ellas surge un concepto neto, que hasta ahora, creo, no ha sido satisfactoriamente definido. Recordaré algunas. «Conservad á cada uno su propio carácter» (Boileau). «Fuera de su carácter no se hace nada de bueno» (Voltaire). «Yo no os diría cambiad de carácter, porque sé demasiado que el carácter no se cambia» (Thomas). «Ni la buena educación hace los buenos caracteres, ni la mala los destruye» (Fonten). «Los buenos caracteres, se dice, son como las buenas obras; cuanto menos se aprecian al principio más gustan á la larga». «Se puede juzgar del carácter de los hombres por sus empresas». «No es nuestra condición, sino nuestro carácter, lo que nos hace felices» (Voltaire). «Es en las pequeñeces donde el carácter se descubre» (Rousseau). «El verdadero carácter se manifiesta siempre en las grandes circunstancias» (Napoleón I). «La mayor parte de los caracteres naufragan antes de llegar al fin de la vida»

(Mad. de Staël). «Las pasiones deterioran las más bellas instituciones y los más bellos caracteres» (Chateaubriand). «Los hábitos determinan un poco el carácter» (Rigault). «El carácter es la combinación más ó menos variable de las pasiones en potencia en cada uno de nosotros» (C. Renouvier). «La educación sin objeto fijo hace los caracteres sin fuerza» (Legouvé). «Cuando se dice que una persona tiene carácter, se quiere hacer generalmente el elogio de su voluntad» (Therry). «El primer cónsul parecía dudar que la constitución inglesa pudiera convenir al carácter francés, tan pronto y tan vivo» (Thiers). «Se puede considerar el carácter de un pueblo como el resultado de todas sus sensaciones precedentes» (Taine). «Todos los hombres poseen un carácter; pero pocos tienen carácter» (Beauchêne). «Es propio de un gran carácter no calcular las dificultades sino para vencerlas» (La Rochefoucault). «Todo se puede adquirir en la soledad, menos el carácter» (Bayle). «Es el mayor de los males, no tener carácter» (Laya). «El carácter fundamental de la asociación es la solidaridad» (Proudhon), etc., etc. Y en estas frases, como en otras muchas que ya han pasado también á lugares comunes, el psicólogo puede siempre extraer los dos preapuntados elementos que, á mi juicio, constituyen el alma, por así decirlo, de la palabra «carácter»; tipo, índole, naturaleza y voluntad, decisión, fuerza moral para el bien y contra el mal.

Entonces, *educar el carácter* es, en general, perfeccionar la índole de las personas; en especial, encarrilar la voluntad en el ejercicio de la virtud.

Bastan estas enumeraciones para comprender que el más bello fin de la educación es educar el carácter. Porque el carácter, en su doble acepción moral, es lo que decide la conducta de hombres y pueblos.

Cada hombre y cada pueblo poseen un carácter, que es algo como el *modus operandi* de su espíritu. Pero hay caracteres fuertes y caracteres débiles; caracteres buenos y caracteres malos. El único medio de perfeccionarlos, es decir, de mejorar las condiciones de herencia y medio ambiente, es la educación. Educando el carácter, se hace el futuro.

En suma: el carácter es el quid enigmático del libre albedrío, así como el libre albedrío es el enigmático quid del hombre. Ataquemos la esfinge en el corazón de la esfinge. Eduquemos el carácter.

Para educarlo, sólo veo dos medios eficaces: *sugerir ideales é inculcar buenos hábitos*. La instrucción es de secundaria importancia, porque el carácter depende más de lo que se siente que de lo que se sabe. Como que es la zona media entre la inconciencia y la conciencia, entre lo voluntario y lo reflejo, entre la sensación y el impulso.

Educando el carácter individual se educa el carácter social; educando el social se educa el individual. Pero conviene, cuando se educa el carácter de un niño, estudiar: 1.º, el carácter del niño en relación á sí mismo; 2.º, el carácter del niño en relación á su pueblo. Débense corregir los defectos personales y los defectos sociales. Por esto, aunque la educación del carácter individual y la educación del carácter social sean una misma y única cosa, para mayor claridad expositiva, es menester dividir las. Al estudiar la educación del carácter individual pueden concretarse, en abstracto los ideales que se deben sugerir y los hábitos que se deben inculcar á todos los hombres; al estudiar la educación del carácter social, deben señalarse los principales defectos de raza y de clima que conviene combatir.

El carácter varía con las edades y las vicisitudes de la vida. Es evidente que la edad transforma las *apariencias* del carácter. Con todo, fácil es observar que muchas personas de carácter juvenil lo conservan así hasta la senectud, y que hay niños que poseen espíritus de ancianos. Se dice que las grandes crisis de dolor, las largas enfermedades, así como la excesiva prosperidad, cambian el carácter de los hombres. Pero el carácter es algo más que la irascibilidad, la condescendencia, el humor. Generalmente, un cambio de carácter no supone, en realidad, más que la presentación de una faz antes oculta del carácter: el desdoblamiento de un otro Yo del temperamento, que dormitaba en la inacción. Hay una base en el carácter de cada hombre que es como la quintaesencia de su espíritu, y que perdura hasta su muerte. Sólo ciertas dolencias muy graves pueden falsearlo. En el carácter hay, por lo tanto, un punto de partida inmutable («genio y figura...»), de donde surge una elipsis que la vida puede cerrar y ensanchar. Y es evidente que conviene afirmar los rasgos más nobles del carácter; que en la infancia, la educación, hasta cierto punto, lo puede; y que, una vez formado el carácter, el individuo es más apto para aprovechar los favores del destino y más fuerte para resistir los embates de la adversidad.

También los pueblos varían como los hombres, á través de las edades y de las circunstancias, de carácter. Pero el fondo siempre queda el mismo. Los galos de Tito-Livio son los franceses de Taine. Y hay que cultivar ese fondo. Porque «ningún pueblo será grande, como dice Stäel, si no cultiva su propio carácter». Al manzano no se le pueden pedir lirios; hay que cultivarlo como manzano para que dé sus ópimos frutos.

En los individuos, es acaso menos importante que en los pueblos, para las doctrinas educatorias, el *fondo de identidad del carácter*. Ese fondo de identidad puede, en la enseñanza general, suponerse siempre el mismo, á través de la raza. Lo que en una sociedad conviene enseñar en materia de educación del carácter á un individuo, conviene generalmente á otro. En los pueblos, el fondo de identidad del carácter es más absoluto, y lo que á uno conviene, no siempre conviene á los demás. En una palabra: por regla general, es mayor la diferencia de carácter que media entre un pueblo y otro pueblo, que en una misma sociedad, entre un educando y otro. Por consiguiente, los principios para la educación del *carácter individual* pueden ser más latos, aplicables á todos los niños, aun de países diversos; los principios para la educación del *carácter nacional* deben ser singulares para cada pueblo.

I.—EDUCACIÓN DEL CARÁCTER INDIVIDUAL

§ 47. *El más alto fin de la educación, «sugerir ideales».*—En el alma de cada uno, y en el alma de todos, los ideales son astros que nos guían, como á los reyes magos hacia la meta de nuestros destinos. Son aquellos sentimientos dominantes que dan unidad á nuestros actos, sinceridad á nuestras empresas y rumbos á nuestras vidas. Navegantes ó náufragos de los mares de la miseria humana, ¿qué mejores dones podríamos apetecer de la educación, que una estrella polar que, á través de las tormentas, nos señale, directa ó indirectamente, el rumbo hacia los puertos?

Aunque no se me oculta que esos ideales nacen con el hombre, y son producto, ante todo, de su herencia psíquica, creo que también la educación puede «formarlos». La educación, ya que no es parte á crear, puede encauzar las remotas aspiraciones, designándoles fines concretos: ello es lo que llamo *sugerir ideales*.

El hombre obra siempre bajo la influencia, fausta ó nefasta, de sus ideales, positivos ó negativos. Podrán ser el hambre y el amor, ó sean, el individuo y la especie, los dos únicos resortes primitivos de su psicología; pero esa psicología, afinada y refinada en millones de generaciones, transformando en su evolución sus primeros instintos, presenta hoy en el hombre civilizado, sobre todo en *l'élite*, infinitas facultades de alta sensibilidad. Dar á esas facultades bellos objetivos de eficaz utilidad para la felicidad de todos y cada uno, es el fin de la *sugestión de ideales*.

El hogar es irremplazable. La educación de la casa paterna es, en tiempo é importancia, la primera. Ningún poder mayor de sugestión que el de la madre, en los tiernos años de la infancia. La madre no sugestiona, fascina. La instrucción pública debe considerarse concomitante en punto á formar el corazón del niño. Las ideas cambian más que los sentimientos; la inteligencia del hombre no es la inteligencia del niño, pero el corazón del hombre es el corazón del niño. Si el campo del progreso presenta como sus últimas capas las fértiles llanuras de aluvión del movimiento económico, y si sus estratificaciones-bases inmediatas son la alta cultura, su primer cimiento geológico es el hogar! El primer cimiento del hogar es el corazón del hombre, y el corazón del hombre es el corazón del niño...

Y si la instrucción pública no puede intervenir tan

directamente como los padres á formar el corazón de sus educandos, indirectamente lo puede. Puede intervenir en los hogares *del futuro*, tendiendo á arraigar en el alma de los jóvenes el ideal del hogar... Sugestionando el ideal del hogar... ¿cuáles hechos demostrarían mejor que éstos la trascendencia de aquella rama de la pedagogía que llamo «sugestión de ideales»?

Un ideal es un deseo. «Querer es poder», dice un refrán castellano. «¡Querer es hacer!» dice, con tanta mayor energía, energía germánica, un refrán alemán: *wollen ist machen!* Luego sugestionar ideales es *preparar hechos*.

Los ideales que deben sugerirse á la juventud son, *abstractos y concretos*. Abstractos, como las nociones de *ética y estética*; concretos, como los modelos de *individuo, patria y progreso...*

§ 48. *Ideal del carácter: cómo se sugería en Grecia.*

—De todos los ideales, hay uno supremo: el del *carácter*. Sugerir el ideal de un hombre modelo, dechado de virtudes, es la *ultima ratio* de la ética, de la historia, de la filología. Es algo como la concentración, como la condensación suma de los demás ideales, de los sentimientos, de las aspiraciones. El papel más grande del pedagogo es construir ese ideal como un muñeco, animarlo de vida y señalarlo á la simpatía de sus educandos, desde todas las cátedras, con estas palabras divinas: *Ecce homo!*

Cada época y cada pueblo se forja un ideal de hombre que es como una síntesis de sus más bellas condiciones: un ideal de *carácter*. En India y en Egipto, cada casta formulaba sus tipos. En Grecia, todo contribuía al plasticismo moral de su alma, cuando no pe-

saba sobre ella la sombra del Asia... La educación ateniense tenía por último fin, en lo psíquico, dotar á los jóvenes de la excelsa belleza de un alma heroica, buena y majestuosa. Tan armonioso era el conjunto de aquel pueblo, que Damón, el maestro de Pericles, pudo decir que «no se podría reformar la música sin cambiar las leyes». «De nada demasiado» es el lema del oráculo de Delfos. Un gesto exagerado hiere como un golpe al pueblo reunido en el teatro ó en el Ágora. Proscribese la flauta, porque tocarla desfigura los carrillos, cuando se inflan. «Amamos la belleza sin fausto y el placer sin molicie», exclama Pericles... Ante la plasticidad ática resultan ídolos grotescos los mitrados sátrapas de la Persia, gruesas esfinges los enigmáticos sacerdotes de Egipto, toscos aventureros los soldados de Roma. Pues bien; á pesar de lo innato de ese *carácter ático*, la educación ateniense lo cultiva, lo desarrolla y lo forma, desde que el niño aprende á deletrear en la *Iliada* hasta que pronuncia el juramento de los Efebos. Ese juramento es todo un ideal de carácter que se sugiere á la juventud: «No deshonraré estas armas sagradas; no me separaré de aquel á cuyo lado haya sido colocado en el combate, quienquiera que fuese. Combatiré por los dioses y por la patria, solo y con un ejército. No dejaré á la patria menor de lo que la encontré, sino más grande. Su culto será el mío. Atestiguo á Agraullo, Engalios, Ares, Zeo, Thallo, Auxo y Hegemone.» ¿Cuál juramento más grande, más bello, más heroico? Proscritas están de sus líneas toda advertencia de la derrota ó del demérito: allí no hay más que luz, esperanza, gloria, y todo mesuradamente, sin un rasgo de violencia, sin una nota de dolor. «No dejaré á la patria menor de lo que la encontré, sino más grande; su culto será el mío»: no es po-

sible una frase más valiente. «Combatiré, solo ó con un ejército»: ello sería una fanfarronada en cualquier otro lugar; allí es una elocuente interpretación del más sincero aticismo, pues es imposible alcanzar mayor belleza heroica que la muerte de Leonidas y de Sócrates. El valor individual es más hermoso que el colectivo.

Cuando Atenas degenera, Aristóphanes se levanta para increparla, como un fantasma de los viejos tiempos. Y nunca es más amargo su tono como cuando recuerda la antigua educación: «En aquel tiempo, los jóvenes de un mismo barrio, cuando iban á casa del maestro de cítara, marchaban juntos por las calles, los pies desnudos y en buen orden, aun cuando la nieve hubiera caído como harina por un tamiz. En la escuela, se sentaban, las piernas separadas, y se les enseñaba á cantar el himno: «Terrible Pallas, que destruyes las ciudades», ó «Un grito que se oye de lejos», y ellos ensanchaban sus voces, en la armonía transmitida por sus padres. Si alguno hacía de bufón ó cantaba con innobles inflexiones, se le cargaba el cuerpo de azotes, como enemigo de las Musas.» En los discursos del Ágora, en el templo, en los juegos, en la mesa, se enseñaba siempre la moderación y la modestia, cualidades características del aticismo. Con tal sistema se modelaba el carácter de los primeros vencedores de Asia, cuando la sombra de Asia no pesaba sobre sus almas...

§ 49. *La «sugestión de ideales» en Alemania é Inglaterra.*—Es frecuente error del vulgo suponer que el estadista, que el ciudadano dirigente, no necesita más que astucia y buen sentido para inspirarse en el difícil arte del gobierno; que basta al legislador conocer

las necesidades del país; al juez saber las leyes... Sólo la ignorancia de la historia puede preconizar error tan grave, pues la experiencia de la humanidad nos demuestra, que no es la prudencia, ni la sagacidad, ni el buen sentido, ni los conocimientos sólidos, lo que impele, por los mares del progreso, las velas de los gobiernos: sino las sublimes pasiones, los ideales sublimes. Harto sangrientamente demostrado está que aquellas condiciones no son las que engendran los adelantados, sino simples colaboradores, y á veces, sólo obstáculos al retroceso. *Algo* más se necesita: y ese algo, que no es sólo inteligencia, es la depuración suprema de la sensibilidad: los ideales. Esos ideales que Alemania cultiva en todas sus esferas; esos ideales que Inglaterra ha buscado, para sus cancilleres, en Oxford, la universidad de la ética por excelencia, pues, desde Pitt, que fué *Cambridgeman*, hasta Glasdton y Rosebery, todos sus primeros ministros han sido *Oxfordmen*...

Es indudable que la educación doméstica es la primera fuerza de *sugestión de ideales*. Los que los padres sugieren á los niños en la infancia, son indelebles. Pero no es menos cierto que la instrucción pública puede también obrar, y obra eficazísimamente en ese proceso capital de la educación.

Toda la educación, desde el Kindergarten hasta las universidades, está saturada en Alemania de este principio. Sugerir á cada uno el ideal de la patria, de la honestidad y de la belleza, es el fin supremo de la instrucción pública alemana. Al estudiar el idioma nacional, la historia, la filosofía, la religión, el maestro, más que *instruir*, en la acepción estricta de la palabra, tiende á elevar el alma del discípulo, inculcándole sabios aforismos y nobles sentimientos. La unidad del

lenguaje y el espíritu fuerte, casi ingenuo, didácticamente heroico, de la robusta literatura alemana, facilitan esa tarea. No es posible hallar en otras literaturas tantos trozos que canten la altivez cívica, el valor, la bondad, el patriotismo, la nacionalidad. El *Lesebuch*, «libro de lectura», crestomatía nacional que sirve abundantemente en sus varios tomos, desde la primera clase hasta la última, es un riquísimo conjunto de nobles ejemplos y sentimientos grandes. Su título mismo es con frecuencia sugestivo de un alto sentimiento. El más usado de todos esos *Lesebuch*, se titula *Das Vaterland* («La Patria»).

En Alemania se procede democráticamente á la educación de los ideales: se efectúa de idéntico modo en todos los grados y categorías de instrucción pública. En el imperio británico, la educación de ideales es realizada casi exclusivamente de preferencia, en la instrucción de las clases dirigentes. Es en las grandes *hige schools* (colegios) donde se trata de formar el *christian gentleman* («caballero cristiano») que, desde Arnold, sirve de norte á la educación inglesa. En las grandes universidades, especialmente en Oxford, el título-base para los demás, es el de B. A., «bachiller en artes», cuyos cursos, aun siguiendo la especialidad moderna en vez de la clásica, tienen por fin principal el estudio de la ética, el cual estudio es precisamente el culto de los grandes ideales que deben inspirar á las bien organizadas aristocracias.

§ 50. *Valor educativo del estudio del patrio idioma.*—Mira generalmente el vulgo, y al decir el vulgo quiero significar una inmensa mayoría, con la olímpica indiferencia de la ignorancia la cuestión del idioma nacional. No obstante, es un problema de mucha más

trascendencia de lo que supone nuestro semi-analfabetismo (1). No se trata de meras teorizaciones filosóficas, ni de puerilidades purístico-literarias, ni de escolares pedanterías: el problema del idioma es, en parte, el problema del *carácter nacional*; el cultivo del idioma patrio es el cultivo del sentimiento patrio; el estudio del idioma es el de la dialéctica, y por ende, el de dar forma pristina al razonamiento, y por tanto, el desarrollo de la lógica del espíritu. No en vano es la lengua nacional, base de la educación en Alemania, y lo será, posiblemente, tarde ó temprano, en todos los países progresistas del siglo. ¿De cuál asignatura podría decirse como de ésta, que ilustra, que educa, que dignifica, que forma el raciocinio, que eleva el alma, y que es tan indispensable al pensamiento como el aire á nuestro organismo, que es el medio y los extremos, el objeto y el sujeto, el principio y el fin? Razón hubieron los griegos en basar toda la educación intelectual en la dialéctica, y los escolásticos, en el silogismo, ya que su torpeza para usar el hipérbaton latino los reducía á forma tan rudimentaria, y sin embargo, tan difícil... «La lengua, y, sobre todo la sintaxis de la lengua, ha dicho Cánovas del Castillo, es la expresión más acabada de toda

(1) En los países hispano-americanos el problema del idioma nacional es más oscuro que en las naciones europeas, porque presenta aún incógnita esta otra faz: «¿Debe propenderse en Hispano-América á conservar la unidad de la lengua castellana, ó es acaso preferible favorecer la formación de dialectos ó idiomas nacionales en cada república?» Indudable es que, el problema no puede ser resuelto por un hombre, una academia, un congreso, sino por el pueblo en masa; pero es también indiscutible que los espíritus ilustrados *deben propender á su mejor realización*. Véanse Ernesto Quesada. *El Problema del idioma nacional*, Buenos Aires, 1900, y R. Palma, *Neologismos y camarianismos*, Lima, 1896.

raza, de todo pueblo, en cualquier tiempo; no hay que disputarla esta primacía, porque en la lengua van envueltos todos los sentimientos morales, va envuelto todo lo espiritual: la lengua es el alma exteriorizada.» Pero hay más aún: no sólo el culto de la lengua es el de la propia alma; no sólo es la mejor gimnasia de la inteligencia, sino también ¿cómo podrían mejor desarrollarse los ideales del alma sino en el estudio consciente de las grandes joyas de la literatura nacional? Y, ¿cómo realizar tal estudio, sino encauzándolo en el del propio idioma? «Ningún pueblo será grande, dice profundamente Mad. de Stäel, si no cultiva su propio carácter.» Su carácter es su idioma; su idioma es su literatura.

§ 51. *Hábitos é ideales que conviene inculcar desde la infancia.*—«La costumbre, dice una frase popular, es una segunda naturaleza.» «La función, afirman los fisiólogos, hace el órgano.» Todo esfuerzo ó estado que se repite periódica y metódicamente durante un cierto lapso de tiempo, enseña la psico-fisiología, tiende á reproducirse *por sí sólo* cuando se le ha suprimido. Así, un hombre que se hace periodista y se acostumbra á pensar y á escribir todas las mañanas dos ó tres horas, si suprime su tarea, más tarde, una tendencia potente de su organismo lo impulsará á escribir diariamente cartas, artículos, libros, cualquier cosa. El hábito puede hacer en él una inclinación, una aptitud, una cuasi necesidad y hasta una pasión. Luego, desde la infancia conviene inculcar á los hombres ciertos hábitos. Si los ideales pueden considerarse como las teorías directrices de la vida, los hábitos son la práctica diaria de los ideales, ó sea la conducta.

Establecida la conveniencia de inculcar ciertos há-

bitos desde la infancia, la verdadera dificultad pedagógica consiste en saber *cómo*. Pienso que el principio general que debe iluminar esta duda es el siguiente: *los hábitos deben hacerse sin sentirse*. Es decir, padres, tutores y maestros deben formar los hábitos de sus educandos, desde la infancia, sin imposiciones violentas, lo más suave y hasta lo más disimuladamente posible, poco á poco, sin forzar la naturaleza de cada uno. De otro modo, el hábito es ficticio, porque desde el momento en que cesa la violencia de la imposición, el sujeto se liberta de ese hábito como de una enfermedad incómoda. Planeado un sistema de vida y de ideas para el educando, debe dejársele cierta independencia para que lo siga, hasta donde se pueda, voluntariamente. La disciplina rigurosa, el exceso de castigos, no me parece eficaz. Tiende á formar en los sobresalientes eso que en las escuelas se llama «niño modelo», y que en la vida, frecuentemente, se llama hombre sin carácter ni personalidad. En los mediocres, el sistema puede muy bien engendrar la petulancia y la hipocresía. Y en los más débiles, provocar, una vez rota la sujeción del aula, en el mundo, reacciones de indisciplina é inmoralidad.

Convendría especificar ahora *cuáles* hábitos deben inculcarse desde la infancia. Es evidente que aquellos que sean relativos á «buenas» cualidades. Y como el concepto del bien es más ó menos el mismo desde los antiguos, creo que sería bien fácil buscar, á través de los moralistas de todos los tiempos, esos hábitos. Pero en moral hay muchos términos para designar diversos matices de una misma idea fundamental; así, en la cristiana virtud designada por «modestia», deben considerarse hay democráticamente involucradas las ideas de «caridad, disciplina, respeto, urbanidad, so-

briedad, reserva, discreción, pudor, decoro, sencillez, naturalidad», etc., etc. Por esto podría hacerse un cuadro de las buenas condiciones humanas, y todas ellas reducirse á cuatro ó cinco grupos. Yo clasificaría así, en cinco, los hábitos de virtud que deben enseñarse á los hombres desde niño: primero, *verdad* (veracidad, lealtad, dignidad, etc.); segundo, *modestia* (caridad, disciplina, prudencia, urbanidad, etc.); tercero, *trabajo* (constancia, atención, etc.); cuarto, *ayuda propia*, (*self help*, ahorro, independencia, etc.); y, como consecuencia de los anteriores, quinto, *Carácter* (voluntad, tesón, esfuerzo, etc.) Propiamente, estas condiciones relativas á estos cinco grupos se vinculan unas con otras, para formar las nociones supremas de la virtud y el deber. Tales, por ejemplo, la de ahorro, que encaja, primero en la ayuda propia, después en el carácter, y entronca con el trabajo la modestia y la verdad. Para mayor fuerza, deben todavía referirse estos hábitos á los ideales. Los ideales son la teoría de la conducta; los hábitos son la conducta misma. Anotemos, pues, algunas observaciones capitales, respecto á los cinco grupos más arriba especificados. No es de pretenderse aquí, á lo Nietzsche, la originalidad. Me contentaré con repetir y ordenar *ad usum scholarum* lugares comunes. En moral, mientras no «se transmuten los valores», ¿no son, al fin y al cabo, los lugares comunes, la síntesis de la experiencia que el hombre ha adquirido desde la prehistoria en su aspiración al infinito á costa de su sangre y de sus lágrimas?...

I. *Verdad*.—La sinceridad es la verdad. La sinceridad es la más grande de las condiciones humanas. Es la más absoluta. La más durable. Es el soplo de vida de la historia. Es el diamante que se funde al rojo blanco de las pasiones más bellas. Es la más ele-